

VENUS MARINA

POR

ADOLFO SCHULTEN

Ante mí tengo toda clase de figuras, fotografías, que se hicieron en dos días a pleno sol sobre la altura, en otras ocasiones tan solitaria y entonces muy animada, del cabo Higuer, extremo occidental de los Pirineos. Lo que estas imágenes me recuerdan, séame permitido anotar aquí, y dedicarlo a los amigos, con los que viví este idilio arqueológico. A la vez quiero mostrar cuán bien se puede trabajar en la hospitalaria España: mejor que en ningún otro país!

Una descripción de la costa hispánica, procedente del siglo VI a. J. C., obra de un navegante de la entonces potencia marítima Massalia, apunta en 3 sitios de la costa española un templo de Venus, es decir, de una diosa del mar, que en el original griego se llamaba «Aphrodite» lo que el traductor romano interpretó con «Venus». Los 3 sitios son: 1, un «cabo de Venus» al principio de la costa septentrional de España, así pues, donde la costa tuerce al poniente; 2, la isleta San Sebastián a poniente de Gades, en la que había una gruta sagrada de Venus marina con oráculo, y 3, otro «cabo de Venus» en la punta sureste de España: en el cabo de Gata. Un 4.º templo de Venus conocemos por otras fuentes: estaba en el extremo oriental de los Pirineos, sobre el cabo Béar y todavía hoy se llama por la antigua diosa el vecino puerto Port Vendres («portus Veneris»). Un 5.º templo de Venus debe de haber estado en la isla Sta. Marina delante de Santander, pues es evidente que la Sta. Marina no es más que la traducción a cristiano de Venus marina. Un 6.º templo estuvo 7 kilómetros al norte de Sagunto en la costa, a oriente de Almenara.

¿Qué circunstancias acompañan a esta Venus entronizada en cabos e islas de la costa española? De sus localizaciones junto al mar se deduce en seguida que era una patrona de la navegación,

como la griega Aphrodite Euploia, la romana Venus marina. Ya mencionada en el siglo VI a. J. C., debió ser el culto de esta diosa del mar muy antiguo y proceder de un pueblo prehistórico, que en otro tiempo habitase y recorriese estas costas. Se puede pensar en los ligures, el pueblo primitivo del oeste, extendido antes por todo el oeste. y también por las costas españolas. Y los ligures eran atrevidos navegantes; sus últimos descendientes, limitados al golfo de Génova, lo son todavía hoy; de estos ligures del golfo de Génova descende uno de los navegantes mas atrevidos de todos los tiempos: el descubridor del nuevo mundo, Cristóbal Colón (1).

Por desgracia, fuera del nombre, poco sabemos de esta antiquísima patrona de la navegación. Lo notable es que en la isla cercana a Gades fuese venerada en una gruta y diese oráculos. El don de predicción aparece también en otros sitios en las diosas marinas. En la isla Sena delante de Bretaña (hoy Sein) habitaban 9 vírgenes marinas, que mandaban en los vientos y pronosticaban a los navegantes (2). Y también Kirke, igualmente diosa marina de una isla solitaria, podía pronosticar.

Mientras en lo referente al sitio de los otros templos de Venus no puede haber la menor duda, la situación del «cabo de Venus» en la costa norte de España no estaba todavía asegurado. Los versos referentes al «cabo de Venus» en la Ora marítima de Avieno (traducción latina del periplo massaliótico) dicen:

Procedit inde in gurgites Veneris iugum
circumlatratque pontus insulas duas
tenue ob locorum inhospitas. Aryium
rursum intumescit prominens in asperum
septentrionem.

En castellano:

«Luego avanza en el mar el cabo de Venus y las olas braman alrededor de dos islas, que están por su pequeñez deshabitadas. Más allá se levanta hacia el norte el cabo Aryium.»

(1) No puedo dejar sin anotar aquí, y por mi parte también lamentarlo, que se esfuercen hoy en hacer de Columbus un español de Galicia! Sin embargo, si alguna cosa hay bien establecida, es la de la procedencia genovesa de Columbus. España ha producido bastantes grandes hombres y no necesita atribuirse ninguno, que no le pertenece.

(2) Estas 9 nereidas recuerdan las 9 hijas de los dioses marinos Aegir y Ran de la leyenda nórdica.

Como el cabo Aryium, hoy cabo Ortegal, señala el extremo occidental de la costa norte española, señalará el cabo de Venus su extremo oriental, es decir, el cabo Higuer. Pero se podría pensar también en S. Sebastián o en Santander, donde está atestiguada la Venus marina. Con todo, el cabo Higuer merece consideración especial, pues avanza mucho en el mar y debía llamar la atención de los navegantes costeros de la antigüedad mucho más que a los de ahora. Sobre todo para los tartesios, que venían del norte, a lo largo de la costa francesa, era una marca importante, porque señalaba la flexión de la costa de la dirección sur a la occidental. Agréguese que también en Ptolemaios destaca mucho el cabo Higuer: se le señala como muy avanzado. Le llama «cabo de Oiasso», es decir, de Oyarzun, que está al oeste del cabo Higuer.

Pero la decisión solo podía darla una inspección local; había que revisar el cabo Higuer y sus alrededores tras del rastro de un templo de Venus, pues por él debió llamarse «cabo de Venus», lo mismo que al cabo oriental de los Pirineos y la isla junto a Gades se adscriben expresamente templos de Venus. Esta inspección podía emprenderse cómodamente desde Irún, estación fronteriza española, que está a cosa de una hora del cabo Higuer.

Invitado por la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid para unas conferencias me trasladé a España a primeros de Abril de 1926. Algunas semanas antes del viaje me había dirigido al señor W. Niessen en S. Sebastián y le había pedido algunos datos sobre la región y su compañía para la pequeña expedición. A ninguna otra dirección mejor hubiera podido acudir y, si la inspección ha resultado tan bien, a quien primero tengo que agradecerse es al Sr. Niessen. Ha preparado con la mayor atención el terreno y ha interesado a las autoridades, como a la Comisión de Monumentos de S. Sebastián, para la empresa. Todos habían prometido gustosamente ayuda. También la prensa se interesó por el caso y publicó artículos sobre la «Venus pirenaica».

Así pues dejé el rápido París-Irún en la mañana de Viernes Santo y me trasladé al hotel. Apenas me había restablecido algo de la noche pasada en vela, cuando apareció el amistoso auxiliar y con él dos jóvenes españoles, los señores Olagüe e Izaguirre. Mi gallardo paisano con sus alegres ojos, saludándome con el nostálgico tonillo del dialecto de Colonia, hacía esperar un compañero excelente. Y lo ha sido. Dejamos el hotel para trasladarnos a Fuenterrabía; pero en el vestíbulo de aquel se nos interpuso un obstáculo: ví una

cámara fotográfica dirigida hacia mí y, cuando quise oponerme, se me indicó que debía resignarme. En seguida nos llevó el eléctrico a la vecina Fuenterrabía, donde por primera vez visitamos a D. Serapio Múgica, archivero de Guipúzcoa. Estaba ya dispuesto, a pesar de la hora temprana. Sobre la mesa de su cuarto de trabajo estaban algunos de mis escritos—primer saludo de gentileza española. Hubiéramos preferido ir a pie, pero D. Serapio no se dejó pillar y se adelantó a encargar un coche. La primera meta era la pequeña iglesia de Sta. María de Guadalupe; aquí debía presumirse por de pronto el sitio del templo de Venus, pues es frecuente que los santos cristianos sean los sucesores de los dioses paganos y yo no conocía sobre el cabo más que una sola iglesia. Pero una vez llegados arriba se vió en seguida que nunca jamás podía haber estado allí una Venus marina, pues la iglesia no tiene vistas al mar, sino que está muy atrás. Había, por tanto, que acercarse a la punta del cabo. Solo que entre éste y la iglesia había fortificaciones españolas, que seguramente no era permitido visitar. Así hubiera sido también en cualquier otro país; pero en España no se entercan sobre el reglamento, sino que se tiene en cuenta un caso particular; y este era nuestro caso, en que se trataba de un inofensivo reconocimiento arqueológico. Y así sucedió. D. Serapio expuso al puesto, que nos salió al encuentro, nuestra intención y pudimos adelantarnos; pero vimos pronto, que entre la fortificación y la punta del cabo había varios profundos barrancos y que era más razonable escudriñar el cabo desde la costa. Bajamos pues al coche y éste nos llevó a lo largo de la orilla hasta el faro, por si se sabía allí algo de una iglesia o de un templo. Pero el torrero no conocía en aquella parte ni iglesia ni templo. Así pues a buscar más lejos! Entramos por una puerta majestuosa, adornada con escudo de armas, en el antiguo castillo, que está inmediato a la orilla y que se había edificado contra los piratas. El antiguo muro es muy pintoresco y se estaría a gusto aquí por la tarde a la caída del sol, contemplando el juego de las olas. De una pared del lado del mar colgaba una cuerda para bajar o subir algo. Probablemente este sitio escondido convida al contrabando. Las ruinas están hoy habitadas por una familia y una escultural muchacha nos informó, desgraciadamente en sentido negativo: tampoco aquí se sabía nada de iglesia o templo en el cabo o en su proximidad. El caso era muy dificultoso; sin embargo, vino en ayuda un dios, la misma señora Venus, que se debió alegrar por nuestro interés hacia su templo. Porque cuando preguntamos a un anciano aldeano, que nos encontró,

si no sabía nada de una capilla por allí, o de ruinas de un templo, señaló sonriendo hacia la altura del cabo y dijo, que allí arriba estarían entre La maleza los restos de una capilla de S. Telmo. De S. Telmo, el patrón de los navegantes! Esto tenía que ser! Probablemente era el santo marino el sucesor de la diosa marina. Un empinado sendero conducía penosamente a través del espeso matorral a la altura y, ved ahí! ante nosotros yacía un pequeño rectángulo de muros, verdaderamente en la punta más extrema del cabo, con una vista amplia sobre el mar y muy visible desde él. El sitio es el punto más alto del cabo (130 m.), ningún otro era más apropiado para sede de una diosa del mar. Resolví emprender aquí la excavación. y el Sr. Niessen se encargó de buscar los obreros necesarios. Pero por de pronto había que hacer el descanso del mediodía. Esto lo hicimos en el restaurant «El Peñón», donde se come muy bien a la vista del mar. El humor era de lo mejor, pues el primer avance hacia la Venus pirenaica había tenido éxito. Una comida interminable con un «chacolí» superior (el vino rojo claro picante del país vasco) nos ocupó hasta muy tarde y luego era ya tiempo de volver a Fuenterrabía y buscar los obreros para el día siguiente. Esto no era fácil por la festividad del día y quién sabía si trabajarían en la víspera de Pascua. El Sr. Niessen venció también esta dificultad como jugando. Se llegó a ello, después de vagar por todas las sidrerías posibles, donde la sidra, la bebida nacional vasca, fluía a torrentes, consiguiendo hallar al señor Alcalde de Fuenterrabía. Estaba enterado por los periódicos, escuchó con benevolencia al Sr. Niessen su elocuente disertación y dió su palabra. A la mañana temprano, a las 8 en punto, debían aguardarnos 3 obreros de la ciudad con azada y pico junto a la capilla de S. Telmo.

Con esto se había hecho bastante por hoy y nos separamos con la consigna «mañana a las 7». Después de la noche pasada en vela y un día fatigoso de mucho andar al sol dormí admirablemente. En sueños me apareció Venus marina: en ropaje verde mar, sonriendo con agrado y señalando hacia el cabo.

A la mañana siguiente a las 7 en punto me fueron a buscar los señores Niessen, Olagüe e Izaguirre y antes de las 8 estábamos delante de la capilla, donde 3 obreros con boína aguardaban ya. Era una magnífica mañana. Quemaba ya el sol, pero al mismo tiempo soplaba una brisa fresca. Que vista de lejanía! A oriente los Pirineos y la costa francesa con Biarritz, a Poniente a lo largo de la costa septentrional española, que se perdía a lo lejos de S. Sebastián y

Santander en la niebla. Ante nosotros el mar azul, animado por blancas velas. Aquí arriba profunda soledad; viniendo de lejos sonidos de campanas, ningún otro ruido. El matorral de un verde oscuro, que cubre las peñas de los alrededores de la capilla, exhalaba un olor aromático y sobre la maleza y la yerba brillaban perlas de rocío. Podía empezar la excavación. Había que dejar al descubierto los muros de la capilla y su interior, y atender personalmente y con cuidado a las capas de terreno. La capilla forma un rectángulo sencillo de 10 x 6 metros. Solo existían verdaderos muros en los lados más hondos norte y oeste, en el sur y este había servido como base la peña para sustentar la parte superior, que era de arcilla al estilo del país. El muro longitudinal del norte enfilaba exactamente a Biarritz, donde sale el sol por agosto. Así pues el templo estaba orientado a la salida del sol, como es usual en los templos de la antigüedad y las iglesias cristianas. Pronto el rechinar de la azada interrumpió el silencio matutino y los muros empezaron a levantarse del suelo. Primeramente salió una capa de humus con tejas y debajo el pavimento de la capilla. Sobre él yacían varias tumbas, probablemente de marinos, que quisieron ser enterrados junto a su santo. Estas tumbas sólo contenían huesos, sin ninguna ofrenda. Luego apareció a una profundidad de 0,80 m. una espesa capa de quema—indicio de que antes de la capilla había existido aquí un edificio más antiguo, que fué destruído por un incendio. La tensión crecía. Y realmente salió a la vista pronto bajo la capa de quema la huella evidente de una construcción más antigua. Se hallaba bajo el muro norte, tajada en la roca, de unos 9 m. de largo y 0,30 a 0,40 m. de ancho, una ranura, cimiento evidente de un delgado muro de arcilla. Había necesitado esta labor de la peña para dar a la obra de fábrica una base plana. Ahora no cabía ninguna duda: la capilla de S. Telmo había tenido predecesora! Nos chocó que este edificio más antiguo estuviese con orientacionalgo diferente: su muro norte formaba con el muro norte de la capilla un ángulo de 10 grados. El edificio anterior había pues sido edificado cuando el sol salía unos 10 grados más al norte.....

No se hicieron hallazgos de ninguna clase, fuera de algunos pedazos de cacharro, pero bastante modernos. La mañana se pasó pronto. Cuando el sol había alcanzado su altura máxima se hizo una pausa. Bajamos a uno blanco caserío y consumimos allí el frugal almuerzo: la casi inevitable tortilla de las expediciones arqueológicas, pan y queso. Los cariñosos habitantes del caserío nos ofre-

cieron buen vino del país. Se comió bien bajo una vieja higuera, que protegía del sol, sobre el blando césped. Por la tarde se continuó la excavación y apareció D. Serapio. No se halló nada nuevo; al atardecer debimos ir a S. Sebastián, donde había de dar yo una conferencia sobre Numancia.

Para la mañana de Pascua había preparado el Sr. Niessen un viaje en auto, que nos condujo, ya por la costa, ya por la montaña, arriba y abajo, al través del hermoso país vasco. Un recuerdo placentero es para mí la visita, que hicimos a D. Ignacio Zuloaga, el afamado pintor, en Zumaya, donde habita en verano. El recibimiento no hubiera podido ser más cordial. El artista mostró sus colecciones, entre las que se hallaban de cuadros antiguos, etc., muchos valiosos ejemplares, como también. pinturas propias y otras, una vista de Calahorra y retratos del torero Belmonte, su amigo. Una comida regocijada en la bahía de Pasajes formó el final del viaje y luego siguió la continuación de la investigación arqueológica. Esta vez por mar, pues el antiguo navegante menciona en el «cabo de Venus» dos pequeñas islas deshabitadas y había que asegurarse de que las había cerca del cabo Higuer y que eran visibles desde el mar. De la manera más amable puso el Comandante de Marina a nuestra disposición una gasolinera para el viaje. El mar estaba algo movido, la navecilla pequeña, no es milagro que un compañero de viaje se marease. Fuimos primero hasta el límite de las aguas francesas, luego vuelta atrás, para ver la costa en la dirección del antiguo navegante. Y he aquí! los dos islotes existían! Son las dos islas, que marcan la entrada de la bahía de Fuenterrabía (en que desemboca el río fronterizo Bidasoa): a oriente la isla «Los Briquets», a occidente, inmediatamente bajo el cabo, «Amuitz». Así pues el cabo Higuer es en realidad idéntico con el «cabo de Venus»! Con esto estaba terminado por esta vez la investigación, del templo de Venus, la continuación debía seguir en agosto, si vuelvo a España. La rápida investigación había despertado interés general. Los periódicos traían largos artículos y cuando pasábamos por delante de la costa pululaba la gente arriba junto a la capilla, mirando la excavación, una vista divertida.

A fin de agosto descendí segunda vez en Irún. De nuevo había preparado todo admirablemente el Sr. Niessen. La Comisión de Monumentos fué tan amable, que me invitó especialmente a continuar la excavación y tomó sobre sí todas las costas. Trepamos de nuevo el 23 de agosto á la capilla de S. Telmo, donde esta vez aguar-

daban 5 obreros. La excavación siguió su curso y al mediodía estaban libres los muros por todos lados hasta la peña, y también en el interior se había alcanzado la roca viva. No se halló nada nuevo, tampoco ningún hallazgo de la antigüedad, que hubiera sido de desear, algunos exvotos o una estatuíta de Venus marina. Pero también sin esto puede aseverarse, que aquí estuvo el templo de Venus. Pues asegurado está por los dos islotes el cabo Higuer como «cabo de Venus» y como San Telmo es un santo marino, puede presumirse, que su capilla está en el sitio del templo de Venus y el vestigio del edificio más antiguo, destruído por incendio, se relaciona con el antiguo templo. No debe uno figurárselo como magnífico templo de columnas, sino como pequeña y modesta capilla, apenas mucho más que lo que son hoy tales ermitas. En sí podría ser aquel edificio más antiguo otra capilla de S. Telmo, pero se hubiese conservado la antigua orientación al renovar la capilla, mientras que muestra otra orientación la nueva. Otra cosa había sido, pues, la más antigua, de tiempos más lejanos, el santuario pagano.

La excavación terminó con una sorpresa encantadora. Hacia mediodía se dieron a ver dos hombres anhelantes y sudorosos, subiendo dos cestas muy pesadas. El Sr. Niessen sonreía taimadamente. Pronto descubrieron las cestas su contenido: la una guardaba un completo almuerzo en frío, al que no faltaban ni los «dulces», la otra una batería de botellas con el hielo correspondiente. Era un saludo de la Comisión de Monumentos, que no quería que se viviese sólo de tortilla y pan. Verdaderamente un famoso rasgo de hospitalidad española!

Por la tarde dije adiós a los amigos y descendí al mar para bañarme en la pequeña ensenada junto al castillo, Había oscurecido y rompían fantásticamente olas con blanca espuma contra los escollos, ya halagadoras, ya furiosas, como es propio de las olas—de las olas y las mujeres hermosas. De la espuma de una alta ola, alrededor de la que revoloteaban chillando las gaviotas, se destacó en la penumbra de la tarde como un cuerpo blanco—como Venus marina, que saluda en despedida.

Por la traducción:

Telesforo de ARANZADI